

El maestro de música

por Lois Moran y Neil Hamilton



DW2-93

50

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
cts

~~Magín Párra~~

EL MAESTRO DE MÚSICA

Font i mest

EL MAESTRO DE MÚSICA

BIBLIOTECA PERLA

EL MAESTRO DE MÚSICA

MAGNÍFICA SUPERPRODUCCIÓN CINEMATOGRÁFICA
INTERPRETADA POR LOS CELEBRADOS ARTISTAS

LOIS MORAN y NEIL HAMILTON

VERSIÓN LITERARIA DE
JOAQUÍN ARQUES



EXCLUSIVA
HISPANO FOXFILMS, S. A. B.
CALLE VALENCIA, 280 : BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204 - BARCELONA

ADRIÁN DE ORTEGA

ESTRATEGIA, TÁCTICA Y TACTICAS DE GUERRA
EN EL MUNDO Y EN LA HISTORIA

DE MIGUEL M. MOLINA

EN ESTRELLA ROJA
LIBRERIA UNIVERSAL



EDICIONES
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104: BARCELONA



EL MAESTRO DE MÚSICA

Por el autor de *La señora Remigia*

CAPÍTULO PRIMERO

Por el año 1900 existía en Nueva York una casa de huéspedes, que debía ser sin duda una especialidad para los músicos, puesto que en ella se reunían una media docena que eran los únicos que podían tener alojamiento en la modesta pensión.

Doña Remigia era la patrona, pero en honor suyo hemos de decir que no pertenecía a la clase de huéspedas sin conciencia, que es por lo regular la característica de todas ellas.

Esta señora, por más que de vez en cuando (raras veces) sacaba las uñas como los gatos, parecía influida por el arte que rebosaba en sus huéspedes.

¡Oh, señores! Ya es cosa sabida que la música domestica las fieras; y así no hay que extrañar que

doña Remigia fuera una excepción de la regla entre las mujeres que se dedican al negocio de explotar estómagos.

Y allí, en aquella especie de academia, se vivía casi, casi como en una *Gloria chica*, habiéndose logrado que ni la misma dueña de la casa se molestara con los ensayos del rascatripas del número dos, ni con los escándalos de un clarinete cascarrado, ni ¡pásmense ustedes! Ni con los destemplados sones de un bajo, que manejaba un joven holandés con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero volvamos a doña Remigia.

Esta señora, a pesar de sus bondades, no dejaba de tener un ligero defecto.

Le gustaba charlar, y nunca le faltaba una amiga aficionada a lo mismo, para pasar los ratos distraída y para descongestionar su lengua.

Oigámosla hablar con una vecina y nos formaremos mejor idea de su carácter y de sus condiciones.

— Mis huéspedes son mis hermanos, y como hermanos les trato — le decía a su amiga cierta mañana en el rellano de la escalera.

— Nunca tendrá usted camisa tratándolos de ese modo, amiga mía.

— ¡Qué quiere usted! Yo no nací para patrona de huéspedes. Las circunstancias me han traído a esto y no quiero que se tenga que decir de mí lo más mínimo.

— Está bien; pero el negocio... Usted les da de comer demasiado bien por lo que le pagan.

— ¡Pobrecitos! ¿Y cómo podrían rascarse y soplar, si no fueran bien alimentados?

— ¿Pero usted cree que los músicos trabajan?

— Sí, señora, que lo creo. Aquí tiene usted al señor Blady, el del clarinete.

— ¡Ay! No me lo nombre. Tengo los chirridos de su instrumento metidos en los sesos.

— ¡Pobre señor! Estudia seis horas todos los días, dedica otras seis a dar lecciones, y por las noches toca en la orquesta de un teatro.

— ¡Demonio! Así tiene de cascarrado el clarinete.

— ¡Ya ve usted si trabaja el pobre hombre!

— ¿Pero cuándo descansa?

— No lo sé; ni cuando come, porque no tiene dientes en la parte de arriba y le faltan cuatro en la de abajo. ¡Calcule usted si tendrá que hacer gimnasia!

— Es usted una mártir, doña Remigia.

— Pues estoy muy contenta con mi suerte, y si no fuera por lo alocada que está siempre mi sobrina Jenny...

— Mire usted; y yo que la tenía por una buena chica.

— Y lo es, amiga mía, lo es; pero apenas si tiene diez y siete años y ya se le ha metido en la cabeza que es una mujer hecha y derecha.

— ¡Qué precocidad!

— Sí, señora. Y me tiene ya la sangre frita porque se ha empeñado en ponerse moño.

— ¿Y sabe usted lo que es eso?

— No, señora... Lo he tomado como un capricho y nada más.

— Pues eso es que tiene novio.

— Algo he notado.

— ¿Y quién es él?

— Un pedazo de pan; el huésped del número cuatro; pero si quiere usted que le diga la verdad, no sé cómo se pueden entender.

— ¡Demonio!

— Es un holandés que no sabe decir en nuestro idioma más que las cosas indispensables. Agua, pan, carne, sopa. ¡Oh, esto de la sopa le ha costado mucho trabajo!

— ¿Y qué pito toca ese?

— El de más cuidado. El bajo.

— ¡Dios nos asista! ¿El de los resoplidos?

— Sí, señora, el mismo.

— Mire usted; ya está en el zaguán con la chiquilla.

En efecto; Meinher Puns, el propio holandés, con el enorme bajo enroscado al cuerpo, pugnaba en vano por formalizar una declaración amorosa a la inquieta Jenny.

— ¡Ya hay bastante! — gritó la señora Remigia interrumpiendo aquel original idilio.

— No hay bastante, querida tía — se apresuró

a decir la joven desde abajo. — A Puns no se le pueden sacar ni tres palabras seguidas.

El músico, más atribulado que nunca, se apresuró a subir la escalera pasando por entre las dos mujeres, con no poco trabajo a causa de su impedimenta.

La dueña de la casa y la vecina descendieron hasta el zaguán, donde, aunque de mala gana, se había quedado Jenny.





CAPÍTULO SEGUNDO

— Supongo que no pensarás seguir aquí sentada en la escalera y mano sobre mano — le dijo su tía.

— Ya está todo hecho. No me falta más que la habitación del profesor Van Barvig... y como ahora está dando una lección...

La vecina se fijó entonces en un cartelito que pendía en la puerta de la única habitación del piso bajo.

Decía el cartel :

PROFESOR ANTÓN VAN BARVIG
LECCIONES DE PIANO Y DE ARMONÍA
Precios módicos

— No le faltará a usted murga con este hombre y con sus discípulos — siguió la entrometida vecina.

— Es, sin embargo, al que más quiero de todos mis huéspedes. ¡Es tan desgraciado el pobre señor!

— ¿No tiene discípulos?

— Eso es lo de menos para él. La pena es la que está matando al pobre señor. Y si supiera usted lo bien que estaba antes...

— Claro, habrá venido a menos y...

— Fué director de la orquesta de la Ópera de Viena.

— Sí; estos artistas derrochan el dinero y luego a pasar la pena negra.

— Se equivoca usted. El profesor ha sido y sigue siendo un hombre intachable, un hombre bueno, demasiado bueno; por eso le pasó lo que le pasó.

— ¿Y qué fué ello, doña Remigia?

— ¡Oh! es una historia muy larga, que ya le contaré otro día!

— ¡Caramba!... ha picado usted mi curiosidad.

— Se dice de momento que el señor Van tenía una esposa bellísima, a la cual adoraba. Y un día se dejó raptar por un hombre adinerado, llevándose con ella a la única hijita que tenían.

— ¡Vaya una catástrofe para el infeliz marido!

— Inmensa. Ya hace de esto la mar de años y el buen profesor continúa con su misma pena y con los abrumadores recuerdos.

— ¿Y no ha vuelto a saber de ellas?

— Las siguió a los Estados Unidos y ha gastado una fortuna buscándolas... pero nada ha conseguido.

— ¿Ve usted? A éste no le tengo tanta rabia como al del clarinete.

— Silencio que ahí viene el profesor.

Aquí se abrió la puerta y un viejecito de cabellos blancos y bondadosa expresión apareció en el umbral, acompañando cariñosamente a una discípula que apenas tendría doce años.

— Ahora a casita — le dijo acariciándola — y mañana a la misma hora, ya lo sabes. Dile a mamá que estoy muy satisfecho con tus adelantos.

— ¡Buenos días, profesor! — le dijo Jenny al huésped. — Supongo que ya podré arreglarle el cuarto.

— Poco tendrás que hacer, hija mía.

— Poco o mucho hay que hacerlo, señor profesor — manifestó doña Remigia con dulce tono. — Anda, Jenny, procura despachar pronto que tenemos que preparar el almuerzo.

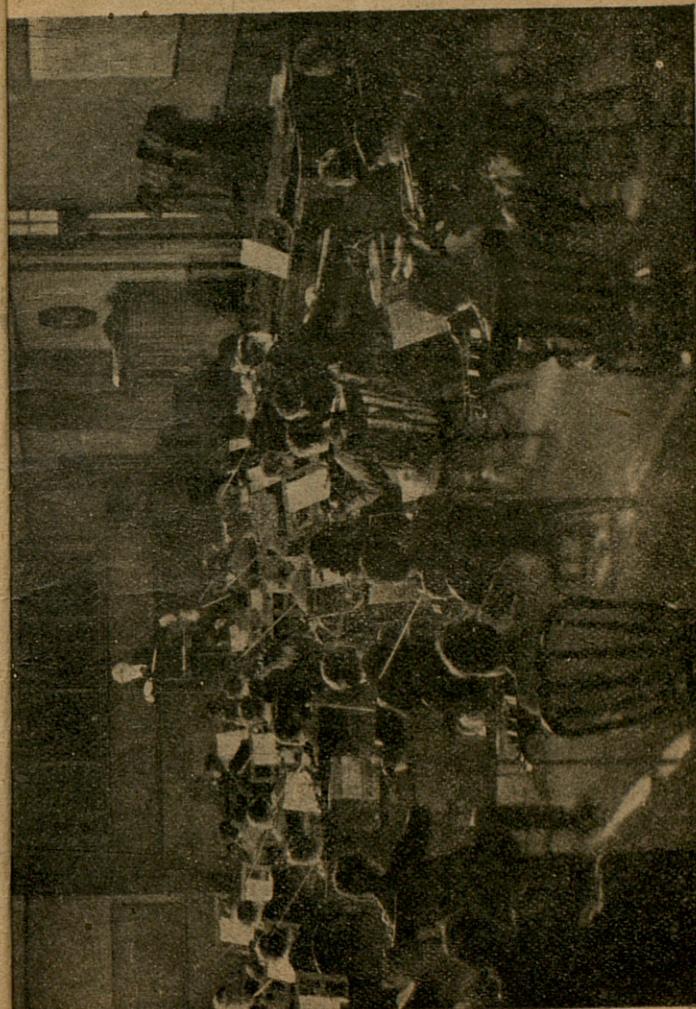
Y despidiéndose de la curiosa vecina, volvió de nuevo al piso superior.

Aun no había hecho Jenny más que sacudir el colchón de la cama, cuando asomó por la puerta la cabezota del holandés.

— ¡Puns, ven, ven a ayudarme! — dijo riendo la muchacha.

El músico, comprendiendo perfectamente lo que la joven le quería decir, entró en la habitación, no sin antes haber saludado al profesor respetuosamente.

— Señor Van — dijo la muchacha con su natural gracejo. — Usted que sabe la manera de hablar de Puns, pregúntele que si me quiere.



La academia que soñaba el profesor

El anciano sonrió con su natural bondad, y preguntó al holandés lo que la muchacha deseaba.

— Dice que sí, que te quiere mucho.

— ¿De veras? ¿Mucho, mucho?

El músico no pudo resistir más y agarrando a Jenny en sus brazos la paseó por toda la habitación, hasta que Van les hizo sentar en un diván para que continuaran (si podían) el coloquio amoroso.

— ¿A usted no le da rabia que nos queramos? — preguntó la sobrina de la patrona.

— Todo lo contrario, hija mía. Esta dicha que veo en vosotros es media vida para mí. Amaos siempre así... de ese modo seréis felices.

Y como los muchachos siguieran acariciándose extremadamente, llegó el viejecito hasta un busto del célebre Liszt que tenía sobre un mueble y lo volvió de espaldas respetuosamente; pero no tardó en dejarlo en la misma posición que antes tenía, diciendo con la misma inocencia que un niño :

— ¡Oh, no es justo que a mí también me vuelva la espalda Liszt!... Yo fuí en mis tiempos grande como tú.

Al mismo tiempo que el busto recobraba la primitiva posición, se abrió la puerta y doña Remigia hizo su entrada en medio de la consternación de los novios.

— ¿Es ésta la manera de arreglar la habitación del señor profesor? — gritó apartando a Jenny del holandés.

Este salió escapado hacia la escalera.

— Usted les da a estas criaturas demasiadas libertades — volvió a decir la patrona, dirigiéndose al maestro de música.

— Son jóvenes, doña Remigia... y parece que se aman de veras.

— Son demasiado jóvenes. ¡Ea! Arriba tú, y ya te avisaré cuando tengas qué volver por aquí. Este caballero tiene visitas.

Y diciendo esto le entregó una tarjeta al anciano, el cual la leyó en voz alta :

J. BUCKLEY

Agente de investigaciones privadas

— Puede usted decirle que pase, doña Remigia — manifestó el maestro con visibles muestras de agitación.

Tía y sobrina salieron de la modesta academia de música y el agente saludó al profesor a los pocos momentos.

— ¿Tiene usted buenas noticias? — le preguntó con ansia al recién llegado.

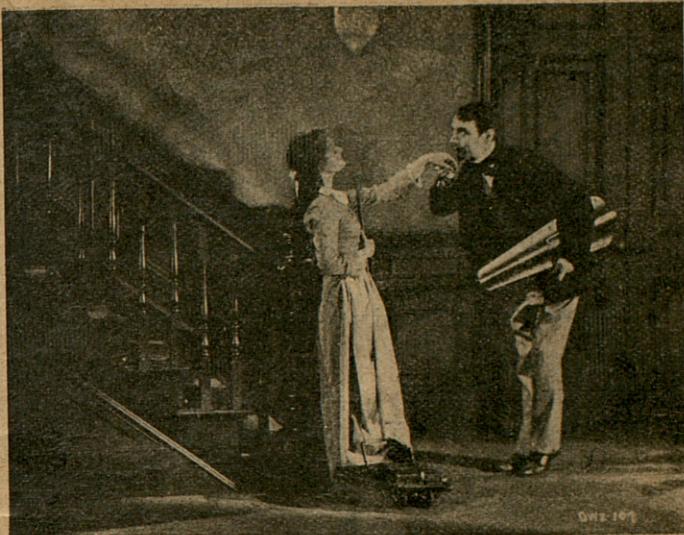
— Ahora sí.

— ¡Gracias a Dios!

— Un indicio...

— ¿Nada más que eso?

— Pero un indicio magnífico... en Chicago.



El huésped del violín

— ¡Oh, qué nueva desilusión! Hace diez y siete años en Boston, en San Francisco, en Nueva Orleáns... y ahora en Chicago...

— Le juro que no dejamos de trabajar.

— Así lo comprendo...

— Ese Alman es escurridizo como una anguila ; pero esta vez le atrapamos. ¡Ya lo creo!

— Pues por lo que más quieran, no dejen el asunto de la mano.

— Pero antes...

— ¿Qué?

— Antes es preciso pagar lo que costó la investigación en Filadelfia.

— Sí, señor, es muy justo — manifestó el profesor un tanto confuso ; — pero es el caso que no tengo aquí bastante dinero. Tendré que ir a casa de mi banquero.

— Perfectamente. Volveré mañana.

— Le vuelvo a repetir que me está matando la ansiedad.

— Y yo le repito a mi vez que le hemos de atrapar.



A decorative horizontal border at the top of the page, featuring a repeating pattern of stylized, symmetrical floral or leaf-like motifs in a dark, possibly black or dark brown, color. The border is approximately 100 pixels high and spans the width of the page content area.

CAPÍTULO TERCERO

Solo ya el infeliz anciano, se dirigió a un pequeño armario del cual sacó una caja y de ella un magnífico estuche con dos enormes pistolas de desafío, cuyas armas contempló primero, terminando por empuñar una dirigiendo la puntería quizá a una visión que se le presentara en aquel momento.

El profesor sacudió su cabeza como queriendo desprenderse de una idea que le atormentaba, y abrió otro estuche más pequeño, sacando de él una preciosa batuta de marfil y oro, que era una verdadera obra de arte.

Esta joya tenía una inscripción que decía así :

« Regalo a Antón Van Barvig de Su Alteza el Príncipe Otto. Viena, 1883. »

Ante la imaginación del notable artista se presentó el momento culminante de su triunfo, cuando dirigió una orquesta de doscientos profesores, que interpretaron su último poema sinfónico.

Allí fué donde el Príncipe Otto le llamó a su palco, y abrazándole cordialmente entre la nobleza que le rodeaba, le regaló la preciosa batuta en prueba de su admiración.

Las facciones del maestro de música parecía que se animaban con este feliz recuerdo, pero no le duró mucho tiempo esta alegría.

Sus nerviosos dedos tropezaron con un papel amarillento, el cual leyó, por más que lo tenía estereotipado en su mente.

Decía así :

« Antón :

He decidido irme con Enrique Alman. Así podrás dedicarte a tu carrera musical sin una esposa que entorpezca tu camino. Me llevo a Elena.

No trates de buscarnos. Es lo mejor para todos.

ELENA. »

Leída la carta, la volvió a doblar cuidadosamente, lanzó un suspiro y se quedó como amodorrado sobre la caja de sus recuerdos.

No era la primera vez que Jenny le había visto de igual manera ; así es que al sorprenderlo abrumado de aquel modo, díjole después de haberle llamado la atención cariñosamente :

— ¡Siempre con sus recuerdos del tiempo pasado!

— Nunca podré olvidar, Jenny.

— Y eso que hace ya tantos años.

— Mientras viva tendré presente a mi pequeña Elena... Era mi dicha, mi ilusión, el consuelo que yo reservaba para mi vejez.

— ¡Vamos, no piense más en eso!

— Siempre recuerdo que días antes de abandonarme, no me dejaba un momento ; me perseguía con su muñeca predilecta, para que le arreglara un ojo que le faltaba. Y yo me evadía del compromiso, diciéndole que ya le compraría otra nueva.

— ¿Y no la arregló usted?

— No. Yo estaba siempre tan ocupado... Y ahora que ya es demasiado tarde, daría cualquier cosa por tener a mi hija a mi lado y hacer cuanto me decía con aquella vocecita de ángel.

— ¿Pero ahora ya no será un bebé?

— ¡Quia!

— Debe ser grande, como yo.

— Eso es, como tú... alta y buena, como tú, Jenny.

— Será más bonita que yo...

— ¿Ya le tienes envidia?

— No, señor. Lo que yo quisiera es verla a mi lado para quererla tanto como a usted, porque siendo su hija tiene que ser un cachito de gloria.

* * *

El viejo se consoló como pudo ; y cuando llegó la noche se puso el abrigo, tomó el estuche que contenía la batuta y se presentó en la casa de préstamos de

Benjamín Salomón, un judío a quien ya había acudido en distintas ocasiones.

— ¿Qué le trae por aquí, querido profesor? — preguntó afectuosamente el prestamista.

— Poca cosa — habló el anciano abriendo el estuche. — Esto no me sirve para nada y he pensado traérselo.

El dueño de la tienda miró con bastante atención la batuta, y hasta leyó la dedicatoria.

Después manifestó con cierta frialdad :

— Esto me resulta un buen trabajo; pero no puedo darle más que lo que valen las incrustaciones de oro.

— Me alegro de que mi *banquero* tenga tan sólidos principios mercantiles.

— ¿Qué quiere que le diga? Yo lo comprendo todo, y le juro que me hago cargo de lo que le costará desprenderse de este recuerdo de gloria... pero...

— Sí... ya sé lo que me quiere decir, que con la gloria no se come; pero no crea que me haga gran falta, sino que... vamos...

— No se esfuerce en darme explicaciones, amigo mío. Aquí tiene usted el dinero... y hasta otra vez. Siempre me tiene dispuesto a servirle.

— Gracias, gracias.

— Espero volverle a ver pronto, profesor.

— Ojalá que no sea pronto, es decir, si es que he de venir por negocios.

— Usted viene siempre a su casa.



Sí, Jenny; dice que te quiere mucho

La mujer del prestamista, que siempre estaba con él detrás del mostrador, murmuró tristemente al marcharse el profesor :

— ¡Pobre señor! ¡Pronto se quedará sin nada!

* * *

Al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, volvió a presentarse el agente de investigaciones en la casa de huéspedes.

— No vengo a cobrar solamente — le dijo al maestro de música — sino a darle nuevas noticias.

Van Barvig entregó el dinero que debía, y no se atrevió a preguntar.

— Pues señor — volvió a hablar el agente guardando los billetes en la cartera. — Ahora no debe preocuparse más. Yo le aseguro que los atrapamos...

— ¿Y cuándo me dirá usted algo definitivo?

— ¡Caramba! Eso no tiene fácil contestación. Lo único que puedo aventurar es que tenemos una pista segura... En fin, le prometo darle una gran sorpresa.

— ¡Ya es tiempo!



CAPÍTULO CUARTO

No habría pasado media hora, cuando se detuvo un elegante carruaje a la puerta de la modesta pensión.

Lo ocupaban una bellísima joven y un caballero que aparentaba unos dos años más que ella.

Les acompañaba un muchacho de diez o doce años, destacando de la pareja por su sencilla indumentaria.

— ¿Me acompañas tú? — le dijo ella a él.

— Mira, yo voy a casa de mi padre, que ya sabes que me está esperando, y como aquí eres tú la que has de hacer, te dejo con tu protegido y dentro de un rato, quizá antes de que tú llegues, ya estaré en tu casa.

— A ver si es verdad.

— ¡Ea! Hasta dentro de pocos minutos.

La joven despidió al que sin duda alguna era el elegido por su corazón, y seguida del chico se apeó del coche entrando en la casa de huéspedes.

El profesor contemplaba un retrato de su desleal esposa suspirando a la vez :

— ¡Elena, esposa mía! ¿Dónde estás?
— Señor profesor — le interrumpió doña Remigia.
— Una señorita muy elegante desea verlo.

El buen hombre guardó la fotografía rápidamente, enjugó sus ojos humedecidos por el llanto, y se adelantó para recibir a la damita.

— Usted dirá, señorita, en qué puedo servirla — dijo el maestro saludando con su gracia particular.

— Soy Elena Stanton...
— ¿Elena? — dijo precipitadamente el anciano.

— ¿Se llama usted Elena?
— Sí, señor. ¿Qué tiene eso de particular?

— ¿Y alguien la envía a usted a buscarme?
— Sí ; en la Asociación de Caridad me hablaron tanto de su bondad para con los niños, que he traído a Danielito.

— ¿Danielito?
— Creemos todos que es un genio para la música, pero son tan pobres, que he decidido pagar yo lo que cuesten sus lecciones.

— Pero dígame usted... ¿Su mamá vive?
— No me he explicado, sin duda. Hablaba de los padres de Danielito, no de los míos.

— ¡Ah! Entonces usted tiene padres... Perdón, señorita, me había equivocado.

— ¿Quiere usted oírle tocar?

El profesor dijo que sí, pero de un modo especial, como si estuviera distraído.

Y es que no tenía más ojos que para contemplar a la caritativa joven.

A todo esto el chico se sentó al piano, donde empezó a ejecutar sin que el maestro le dijera ni bien ni mal.

— ¿No es usted de nuestra opinión, señor profesor? — le dijo la joven acompañando sus palabras con una encantadora sonrisa.

— ¿De qué opinión, señorita?
— Ya se lo he dicho antes. ¿Lo acepta usted como discípulo?

— Sí, ya lo creo que sí ; que venga mañana a las cuatro...

— Luego usted cree que vale...
— Si usted lo cree, yo también. En fin. Haré por el chico todo cuanto pueda.

— Gracias, profesor ; y ahora me permitirá que le dé por adelantado algún dinero... Creo que es muy justo remunerar su trabajo.

— No puedo aceptar dinero... de usted, señorita.
— Es que a mí me sobra ; y además quisiera ayudar a Daniel ; vamos, le suplico que lo acepte.

— Le repito que me es imposible.
— ¿Es que le parece una chiquilla? Pues no está

en lo firme. Aquí donde usted me ve, no tardaré en ser el ama de mi casa. Voy a casarme.

— ¡Oh, la felicito de veras, señorita!

— Ya ve usted como no soy lo que usted se había figurado. ¿Acepta usted ahora?

— Tampoco. Soy de su mismo temperamento. Me agrada ayudar a los muchachos que prometen; y me basta con que usted haya traído a éste.

— Bien, no insisto más — murmuró la joven. Y dirigiéndose a su protegido, continuó :

— Ahora ya te puedes marchar; y mañana aquí a las cuatro en punto.

El profesor acompañó al chico hasta el zaguán, mientras Elena revolvía los papeles de música que habían quedado colocados sobre el atril del piano.

Cuando volvió el profesor vió a la joven con un papel de música en las manos.

— Aquí veo su nombre de usted — dijo Elena.

— Sí, señorita.

— ¿Compuso usted esta pieza?

— Es una sinfonía de la que soy autor y que tuve la honra de que fuera ejecutada en el teatro de la Ópera de Viena.

— ¿Me permite usted que la repase?

— Eso sería para mí una gran satisfacción.

Elena se puso al piano y como una consumada profesora empezó a repuntizar la complicada pieza musical.

El pobre anciano, sin saber lo que le pasaba, se



Elena y su prometido

acercaaba unas veces al piano como atraído por una especial sugestión.

Otras veces se retiraba y contemplaba a la pianista desde cierta distancia, como si allí quisiera apreciar mejor el efecto de la música.

— Bien, señorita, muy bien — exclamó entusiasmado el profesor.

La joven se quedó meditando algunos instantes, murmurando después :

— Es raro; nunca había escuchado esta sinfonía y sin embargo me parece conocerla.

— Eso será porque carece de originalidad — contestó el maestro sonriendo.

— No es eso. En fin, yo juraría que la he oído otra vez.

— En algún concierto...

— No ; pero quizá tenga usted razón ; porque de otro modo...

— La imaginación sin duda...

— Sí, precisamente eso puede que sea ; y si usted no desea de mí otra cosa...

La joven se disponía ya a salir de la habitación del profesor, cuando se oyeron destempladas voces en la parte de afuera.

Y la que más se destacaba era la de doña Remigia.



CAPÍTULO QUINTO

— Les digo a ustedes que en este momento se encuentra el profesor muy ocupado — decía casi pegada a la puerta.

— Pues hoy no nos marchamos de aquí de vacío — le contestaron.

El anciano abrió la puerta y al principio se quedó sin saber qué decir.

Los que armaban el escándalo se precipitaron en la habitación.

Y el que llevaba la voz cantante se dirigió al maestro :

— Tengo orden terminante de llevarme el piano, si no me entrega usted el dinero — dijo sin escrúpulos de ninguna especie.

— Bien — fué lo único que pudo contestar el anciano.

Aquí Elena se aproximó a doña Remigia.

— Yo podría pagar lo que piden estos hombres — dijo la joven por lo bajo.

— Es inútil, señorita — manifestó el ama de huéspedes en el mismo tono. — No aceptaría ayuda de nadie... es muy altivo.

El viejecito se acercó entonces al grupo que formaban doña Remigia y Elena, diciendo para salir de la ridícula situación :

— Hace tres semanas que les estoy diciendo que vengan por este trasto, y al fin veo que lo hacen. Es un instrumento muy deficiente ; ya lo habrá usted observado, señorita.

— Sí, en efecto ; no responde bien ; pero si puede usted tener otro mejor...

— Naturalmente ; por eso dejo que se lo lleven.

Terminado este corto diálogo, ya estaba el piano fuera de la habitación ; y el maestro volvió a quedarse solo con Elena.

— ¿Y bien, señorita?...

— Yo quisiera renovar mis lecciones de piano. ¿Querría usted dármelas?

— Tendré el gusto de avisarle... cuando me traigan el otro piano.

— No hace falta. ¿Por qué no viene a mi casa?

— Con mil amores, señorita.

— Entonces le espero a las tres.

— ¿Mañana?

— El miércoles.

El diálogo fué interrumpido por la presencia del novio de Elena.

— ¿Todavía aquí? — preguntó sonriendo.

— Sí. Acabo de convencer a este notable profesor para que me dé algunas lecciones.

— Pues yo vengo de tu casa, como te dije...

— Sí, ya lo sé.

Y tomándole de una mano dijo dirigiéndose al maestro :

— Le presento al señor Beverly Cruger, mi novio.

— ¿Pero ya le has dicho?...

— Mira, no sé cómo le hice esta confidencia, cuando hasta mi padre ignora lo adelantado que llevamos el asunto.

Y despidiéndose del maestro, le dijo desde la puerta:

— No lo olvide usted ; el miércoles sin falta.

* * *

Elena y su novio, en encantador idilio, se hallaban entretenidos junto al alegre chiporroteo del fuego de la chimenea.

No hablaban, pero se entendían con sus elocuentes miradas.

Por fin rompió el silencio Elena.

— Me parece que no tienes buena memoria — le dijo con un tono especial.

— Y yo te voy a demostrar que no me olvido de nada.

- ¡Ni de que hoy es mi cumpleaños?
- Ni de eso.
- Y el joven sacó un pequeño estuche y de él una preciosa sortija.
- Venga esa linda manita — volvió a decir.
- ¿Para qué?
- ¿No soy de fiar?
- Es que aun no te pertenece.
- Pero pronto me pertenecerá y hasta me la podré comer... a besos.
- ¡Me asustas!
- Pues no es asustada como quiero yo verte.
- Pero sepamos: ¿Esto es obsequio de cumpleaños o anillo de espousales?
- Las dos cosas a la vez.
- ¡Ah, pillastre! Te has ahorrado un obsequio.
- Creo que no lo tomarás a tacañería.
- Aquí intervino el padre de Elena, el cual se presentó en la habitación sin que los jóvenes le vieran.
- ¿Quién habla aquí de tacañerías? — dijo el dueño de la casa sorprendiendo a los novios.
- Y en el acto entregó a Elena un magnífico estuche.
- Esto — añadió — es por tu cumpleaños. — Lo otro vendrá después.
- ¿Lo otro?
- Sí, mujer. Al fin lo he sabido, pero no por ti, sino por el padre de este muñeco.
- ¿Y bien? — interrogó el joven algo confuso.



Supongo que no habrás olvidado mi cumpleaños

- ¡Encantado, y nada más que encantado! ¿Te parece poco?
- Elena entretanto había sacado del estuche un valioso collar de perlas.
- ¡Son magníficas, papá! — dijo en extremo satisfecha.
- Lo que más me ha gustado de casa del joyero.
- Y lo que más te agradezco.
- Esto provocará la envidia de todas tus amigas. Es una sarta perfecta.

— ¿Y tú qué dices, hombre? — le preguntó Elena a su novio.

— Pues yo digo, que papá y mamá vendrán esta tarde a expresar su alegría y a felicitarnos.

— ¿A ti también?

— Claro. Tu cumpleaños afecta a tí ; pero nuestra boda es cosa de los dos.

— Pues hasta luego, hijos míos — habló el padre — que yo también he de participar de esa alegría y de esas felicitaciones.



CAPÍTULO SEXTO

— ¿Te gusta el obsequio de mi padre? — le preguntó Elena a su novio cuando aquél estuvo fuera del salón.

— Mucho, claro que sí.

— Como te has quedado medio mustio...

— Verás. Ese magnífico collar hace que mi sortija parezca una rosquilla insignificante.

— Una pregunta.

— Habla.

— Tienes que decirme la verdad. ¿La has comprado como para mi cumpleaños, o para espousales?

— Elena, he de serte franco : con los espousales se me olvidaron los años.

— Pues bien ; ahora, ni este collar, ni todas las joyas juntas, por más valiosas que fueran, me agradarían tanto como tu simpática sortija.

— Señorita — dijo un criado presentándose.

— ¿Qué hay?
— Un caballero pregunta por usted.
— ¿Ha dado su nombre?
— Van Barvig.
— ¡Ah, es el maestro de música! Se me había olvidado; y como le dije que viniera hoy, el buen señor ha cumplido su palabra. Dígale que pase aquí.
— Pero Elena. ¿Vas a dar lección en un día tan señalado como éste?
— Es cuestión de unos minutos nada más. No puedo quedar mal con el maestro.
El anciano se quedó en la puerta como si no se atreviera a entrar.
— Adelante, amigo mío, adelante — dijo Elena corriendo a su encuentro.
— Gracias — le dijo el profesor al criado.
Y dirigiéndose a Elena, continuó:
— Es muy simpático este hombre.
— Para usted todo es simpatía.
— ¿Y qué, está usted dispuesto a sacrificar un rato por mí?
— Todo el tiempo que usted quiera.
— Entonces no quiero estorbar al arte — manifestó el novio; — pero si necesita usted de mí, no estoy lejos, llame y acudiré... soy muy enérgico.
— Pero señor Van, ¿qué es eso que trata usted de ocultar? — le preguntó Elena.
— Un obsequio insignificante, señorita.
Y el anciano le presentó un ramo de violetas.

— ¿Para mí?
— Para usted.
— ¿Pero cómo ha sabido que era hoy mi cumpleaños?
— No lo sabía... pero me he acordado de mi nueva discípula y...
Elena acarició el ramito, y dejándolo sobre la mesa continuó:
— Pues sí. Hoy cumple años y éstos son los regalos que he recibido. ¿Le gustan?
— Mucho; son preciosos y deben costar un dineral.
— El dinero para mí es lo de menos. Lo que yo estimo es el recuerdo.
— Una pregunta, señorita.
— Antes me va usted a permitir que le obsequie yo a mi vez.
Y tomando del ramo unas violetas fué a colocarlas en la levita del maestro.
— ¿No encuentra usted el sitio, señorita? ¡Oh, el ojal debe haberse cicatrizado! Hace tanto tiempo que no uso esta prenda...
— Pues ya tiene usted colocada mi condecoración; y ahora ya puede preguntarme cuanto quiera.
— ¿Nació usted aquí?
— No, señor. En Leipzig.
El maestro vaciló unos instantes, pero en el acto reaccionó.
— ¿Quiere usted ver los demás regalos?

- ¿Por qué no?
— Este collar me lo dió papá.
— Es magnífico.
— Y esta muñeca papá también, pero en nombre de mamá.
— Muy hermosa.
— Cada año en el aniversario de mi nacimiento me regalaba una muñeca, mientras vivió.
— Ahora sigue mi padre la costumbre; y yo me hago la ilusión de que es ella.
— ¿Su mamá ha muerto?
— ¡Pobre madre mía!... Sí, señor.
Y la joven, queriendo dar otro rumbo a la conversación, siguió:
— Tengo otras muñecas en aquella vitrina.
El profesor se acercó trémulo de emoción.
— ¡Hay muchas, señorita; y todas son lindísimas!
— dijo distraído.
— Pero ninguna como la más vieja. Esta es mi predilecta.
— ¡Oh!
— Y también la de mamá.
El infeliz anciano apenas si podía tenerse en pie y tuvo que apoyarse en la vitrina de las muñecas.
Acababa de reconocer la que le faltaba un ojo y que tanto luchó la pobre niña para que arreglara el desperfecto.
Mas a pesar de que su emoción era inmensa, pudo

dominarse, porque su voluntad era de acero y preguntó:

- ¿Se parece usted a su mamá?
— Todos dicen que sí. Ahí tiene usted su retrato. Y Elena indicó un hermoso lienzo colgado en el muro.

Nueva emoción del profesor al reconocer a su esposa llevada al lienzo por un famoso artista.

- ¿Verdad que era muy linda? — interrogó la joven.

— Tanto como usted.
— Y tan buena como bella.

El anciano se abstuvo de contestar; pero se enjugó una lágrima denunciadora de lo que pasaba en su alma.

Elena no se apercibió del deplorable estado en que se encontraba el profesor porque se sentó al piano disponiéndose para dar la lección primera.

El anciano se colocó a su lado, siguiendo embobado todos los movimientos de la joven.

- ¿Qué tal? — le preguntó ésta.
— Creo que no es eso. Noto poca flexibilidad en la muñeca.

— ¿Va bien así?
— No.

Y el profesor, más bien para acariciar las manos de Elena que para adiestrarlas, las tomaba entre las suyas con un afán que le costaba mucho trabajo poder disimular.

El padre de Elena, después de haber saludado a los del novio de su hija, llamó al criado.

— ¿Ya se le ha avisado a la señorita Elena que están aquí los señores Cruger? — preguntó.

— No, señor.

— Pues hágalo inmediatamente.

— Voy, señor; pero...

— ¿Qué?

— La señorita está ocupada en este momento.

— ¿Ocupada? — preguntó con extrañeza el dueño de la casa.

— Está dando lección de piano.

— Pero si ya no tenía profesor.

— Es uno nuevo, llamado Van Barvig.

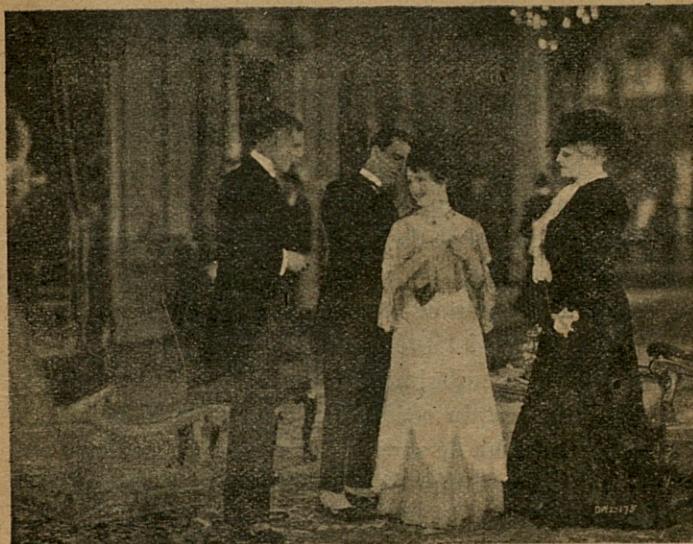
La impresión que este nombre produjo en Stanton fué tan grande, que se desplomó sobre el sillón que casualmente tenía a su lado.

Tanto el señor Cruger como su esposa y el criado acudieron presurosos y verdaderamente alarmados.

Pero el dueño de la casa, haciendo esfuerzos sobrehumanos para dominarse, se puso en pie, se pasó la mano por la frente y exclamó sonriendo:

— Esto no es nada, amigos míos. Demasiados cigarros sin duda.

— ¡Oh, crea usted que nos hemos asustado! — dijo la señora Cruger, justamente alarmada.



Este collar lo han usado todas las desposadas de la familia Cruger

— Repito que no es nada, y les ruego que nos esperen un momento. Voy a buscar a Elena.

Ya en otra habitación, se detuvo delante del criado que le seguía como un autómata.

— Diga a la señorita Elena que deseo hablar con ella en la biblioteca, inmediatamente.

El criado volvió a pasar por el salón donde se habían quedado los opulentos padres del novio de Elena.

— ¿Qué te parece de todo esto? — preguntó la dama a su esposo.

— No sé qué decirte ; pero es muy raro que Stanton haya estado a punto de caer al suelo.

— Y sin causa justificada.

— Claro. Eso del exceso de fumar me ha parecido una excusa para salir del paso.

— A mí también.

— Fué el nombre de Van Barvig lo que le hizo tan fuerte impresión.

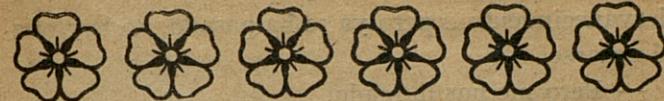
— A mí me parece recordar ese apellido...

— Espera... sí... fué en la época en que formaba yo parte de la embajada de Viena.

— ¿Quizá algún recuerdo de su juventud?...

— Sí ; pero ha de ser muy grave ese recuerdo.

— Ya verás como él mismo nos lo dice cuando vuelva con Elena.



CAPÍTULO SÉPTIMO

El criado interrumpió la lección anunciando a Elena lo que el amo le acababa de decir.

— ¡Ya lo oye usted! — dijo sonriente al maestro — mi padre me llama.

— Eso quiere decir que la lección ha terminado.

— Por hoy me parece que sí.

— Entonces me marcho.

— No ; espere usted un momento ; yo no tardaré en volver.

Y dejando al profesor, salió del salón de música para dirigirse a la biblioteca.

Allí estaba ya Stanton paseándose nerviosamente.

— ¿Papá?

— Ven aquí, Elena.

— ¡Dios mío! ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

— No es nada. Hace un instante he sufrido un

desvanecimiento... pero ya se ha pasado, no hay que alarmarse.

— Pero me has llamado.

— Sí. Te he llamado para preguntarte quién es ese Van Barvig.

— Mi maestro de música ; un viejecito encantador.

— ¿Y cómo le has conocido?

— Por una casualidad. Me hablaron de él en una asociación de caridad.

— ¿Allí te hablaron de él?

— Sí, allí, precisamente.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Nada. ¿Qué me ha de decir el pobre señor?

Stanton se pasó el pañuelo por la frente y resuelto a todo, exclamó :

— Elena... no quiero que venga ese hombre a mi casa.

— ¡Dios mío! ¿Y por qué, papá?

— No me preguntes más.

— Pero...

— Comprende, que cuando obro de esta manera es porque tendré razones de sobra.

— ¿Y esas razones cuáles son?

— Ya hablaremos más despacio. Ahora te esperan los señores Cruger.

— ¿Y cómo voy a despedir sin motivo a un hombre tan amable, tan bueno, tan cariñoso? No, papá, yo no puedo hacer eso ; es demasiado violento.

— Basta que yo te lo ordene.

— ¿No estarás equivocado? Mira que a veces...

— Estoy en lo cierto, hija mía ; no te conviene estar en contacto con él.

— ¿De modo que es absolutamente preciso?

— Sí. ¡Vé a deshacerte de él sin pensarlo más! Es la resolución que se debe tomar.

— Al menos podría decirle el motivo para obrar de este modo.

— Elena, me parece más compasivo ocultarle la verdad.

— En fin, haré lo que tú me ordenas ; pero te juro que me cuesta un gran trabajo.

* * *

Sin apartar los ojos del retrato de la madre de Elena estaba el profesor, cuando ésta le distrajo tocándole suavemente en un hombro.

— ¿Qué pronto ha vuelto, señorita? exclamó el anciano con trémulo acento.

— Vengo a decirle algo que me causa pesar.

— ¿Usted tiene un pesar por mí? ¡Oh, eso no lo puedo yo tolerar!

— Me es imposible continuar las lecciones.

— ¿Y no es más que eso? Pues no se apure ; si hoy no hacemos más, ya adelantaremos otro día el tiempo perdido. Hoy es su cumpleaños... pero mañana...

— No ; mañana tampoco. Yo no puedo seguir tomando lecciones.

— Quizá le han dicho que toco el piano en los barrios bajos. Por eso no se moleste usted. Precisamente acabo de renunciar.

— Me está usted haciendo sufrir sin darse cuenta,

— ¡Señorita!...

— Le suplico... que tenga la bondad... de no volver. Las lágrimas del viejo rodaron por sus mejillas sin que ya se cuidara de contenerlas.

— ¡No me despida usted! — suspiró de un modo que partía el alma. — Se lo ruego. Usted no sabe lo que significa para mí...

— ¡Yo?...

— Usted, usted y sus muñecas.

— No hay más remedio.

Y Elena se volvió de espaldas refugiándose en el piano.

— ¡Adiós! — dijo el profesor desde la puerta. La joven no contestó.

— ¡Elena!...

Aquí ya no pudo contener su emoción la encantadora muchacha, y decidida a solucionar lo que para ella era un verdadero conflicto, detuvo al viejo exclamando a la vez :

— No puedo dejar a usted partir así.

— ¡Oh, gracias, gracias!

— Mi padre debe estar forzosamente en un error.

— Sí, señorita — manifestó el maestro. — Me

parece que ya es hora de que hable con su padre.

Elena, sin pronunciar ni una frase más, acompañó al anciano hasta la biblioteca donde acababa de dejar a Stanton.

Este levantó la cabeza al ver a la joven como queriéndole preguntar si ya había despedido al profesor.

Elena se apartó entonces de la puerta, dejando el paso libre al músico.

— Papá, éste es el profesor Van Barvig, que desea hablarte.

Muy preocupada estaba Elena y por la misma razón no se dió cuenta del efecto que producía en Stanton la presencia del maestro de música.

Este permaneció sin moverse, hasta que la joven les dejó solos.

* * *

— ¿Qué es lo que se propone usted vieniendo de este modo a mi casa? — preguntó Stanton.

— Elena ha tenido el capricho de que le dé unas lecciones de piano.

— Es mucha casualidad.

— ¡Ea! Hablemos claro.

— Sí, es lo mejor que podemos hacer.

— Alman, el mundo ha dado muchas vueltas desde que nos vimos la última vez... Ha pasado mucho tiempo, es verdad, pero aquí estoy.

— ¿Para qué?

— ¡Buena pregunta! Para no separarme jamás de lo que es mío y para desenmascarar a un traidor.

Alman vió en la actitud de Van Barvig tal firmeza, que cesaron sus arrogancias para convertirse en súplicas.

— Van Barvig — exclamó juntando las manos — ¡por lo que usted más quiera, no me arruine!...

— ¡Ah!, ¿luego se trata de su ruina? ¿Y qué me importan a mí sus intereses?

— Los míos no, los de Elena.

— Mi hija no tiene nada en esta casa que le pertenezca.

— Déjeme reflexionar un poco... tengamos calma.

— ¡No! Has tenido diez y siete años para reflexionar y ha llegado el momento de decidir.

— Pero Elena..., su hija...

— Eso, mi hija, mi hija...

— Ya lo está usted viendo. La he rodeado de toda clase de lujo, la he hecho feliz.

— ¿Feliz? ¿Podrías asegurarlo?

— Sí.

— Pues yo acabo de ver la tristeza asomada a sus ojos.

— ¿Pero usted con qué medios cuenta para hacerla feliz?

— Eso es cosa mía y de nadie más.

— ¿Le va a decir la verdad?

— Sí.

— ¿Va a arrastrarla a su estado de pobreza?

— He de hacer lo que incumbe a un verdadero padre; y ella, como es buena, me seguirá y corresponderá a mis afanes con su cariño.

— Elena va a contraer matrimonio con un joven a quien me consta que ama de veras.

— ¿Y bien?

— Ese joven pertenece a una familia de nobles miras e inmensamente rica.

— ¡Oh!...

— Va usted a destruir en un momento el brillante porvenir de esa inocente criatura.

— ¿Y quién tendrá la culpa?

— Usted, y nadie más que usted, anteponiendo su amor egoísta.

— ¡Pobre de mí! Yo estaba satisfecho sólo con venir a su lado, como maestro, y me sacrificaba ocultando mi verdadera personalidad.

— Bien...

— Pero se exigió que me marchara de aquí. Me echaban a mí, a su padre, al propio padre, y eso ha sublevado los nobles sentimientos de mi alma.

— Debe usted reflexionar; el cariño de Elena se lo impone.

— No, no. Mi corazón gime por ella. ¡Es mía! ¡Exijo lo que me pertenece en todo derecho!

— Está usted loco.

— Estoy en el sitio que debe ocupar un padre, y no un falsario.

Alman había tenido tiempo para serenarse y sin hacer caso de la impaciencia del anciano, procuraba hacer acopio de argumentos para convencerle, o al menos para conjurar el escándalo.

— Vamos a ver — dijo con calma. — Elena es suya porque de derecho le pertenece.

— Justo.

— Y con el escándalo de su madre sobre su cabeza.

— ¿Y eres tú el que se atreve a hablar de ese modo, miserable?...

Y el viejo amenazó a Alman con sus crispados puños.

— Su madre era buena, yo lo reconozco, yo lo juro; y ahora que tantos años han pasado, no solamente la perdonó, sino que la disculpo. Yo, sin pretenderlo, fuí el causante de un desvío, aprovechado por un mal amigo, por un egoísta, que no miró hacia el porvenir para saciar sus torpes apetitos...

— ¡Basta! — exclamó Alman, temiendo que el profesor siguiera por el escabroso camino que había emprendido. — De este modo jamás nos llegaremos a entender.

— ¡Jamás!

— ¿Está usted conforme con romper el proyectado matrimonio de su hija?

— ¿Romper su matrimonio?

— ¿Cree usted que la aceptarán en esa familia?

— ¿Y por qué no?

— ¿La querrán cuando estén enterados de todo?

El maestro de música vaciló; pero sólo fué un instante.

Después exclamó con voz firme:

— Si no la quieren ellos, la quiero yo, y es más que suficiente.

— ¡Egoísmo, egoísmo puro!

— Soy egoísta, sí, muy egoísta, pero sigo adelante.

— Más que egoísmo, locura.

— Llamésele como quiera. Ya me cansé de soportar el hambre de amor de los míos... Y la traeré a mi lado, pese a quien pese.

— ¿Está usted decidido?

— Sí.

— Pues en este momento se encuentra Elena con su novio y con los padres. Haga usted lo que tenga por conveniente.

— Hago lo que un hombre honrado debe hacer.

— Y yo no me opongo a esa honradez.

— Llame usted al criado.

Alman hizo sonar un timbre.

— Dígale usted que los llame a todos.

— Pero... — vaciló Alman.

— Dígale que los llame, si no quiere que lo haga yo ahora mismo.

El dueño de la casa dió la orden al criado.



CAPÍTULO NOVENO

Alman, como anonadado y sin fuerzas ya para seguir luchando contra aquella voluntad de acero esperó el resultado, quizá recriminándose en su interior.

Van Barvig siguió en pie como una estatua, en el centro de la biblioteca.

Elena y la familia Cruger no tardaron en presentarse.

La joven luciendo un costosísimo collar de brillantes que el mismo padre del novio le acababa de poner al cuello, corrió hacia Alman diciendo con la mayor alegría :

— Papá. Este collar ha sido usado por todas las desposadas de la familia Cruger.

— Y yo debo añadir — intervino el padre del prometido — que nunca lo llevó novia más hermosa.

Alman y Van Barvig se consultaron con una mirada.

— Pero ¿se puede saber por qué nos han llamado? — preguntó la joven. — ¡Ah!, vamos... ya me lo figuro. Habrás querido presentar a mi maestro como él se merece, ¿verdad?

— Sí, precisamente de tu maestro se trata. Usted tiene la palabra, caballero.

El maestro de música se vió en una situación tan apurada, que no supo cómo salir de ella más que acercándose a Elena y tomando sus manos cariñosamente entre las suyas.

Por fin rompió el señor Cruger el embarazoso silencio después de haber consultado un momento con su esposa.

— ¿No recuerda usted de nosotros, profesor? — le dijo al anciano acercándose respetuosamente.

— Puede que haciendo memoria... pero...

— Nos conocimos en Viena.

— Sí... en Viena... Viena...

— ¡Fíjese un instante sus ideas! ¿No se acuerda cuando el Príncipe Otto nos presentó a usted la noche de su gran triunfo en la ópera?

— ¿Luego usted triunfó allí, ante un príncipe nada menos? — exclamó Elena radiante de alegría, viendo lo bien acogido que era el viejecito.

— Sí, hija mía, sí — añadió la señora Cruger. — Aquella noche fué su profesor el ídolo de los verdaderos amantes del arte.

— Bien decía yo que mi maestro de música era un hombre célebre.

— Siempre has tenido tacto para elegir entre los hombres — dijo el novio riendo.

— Y entre los presumidos — siguió Elena en el mismo tono.

Cruger continuó dirigiéndose al profesor :

— Recuerdo también que después fué usted a la embajada a buscar unos informes.

Alman se puso en pie como movido por un resorte.

— ¿Recuerda usted eso? — dijo Van Barvig como distraído.

— Sí, señor, y también que los informes se referían a una persona de este país.

— Ciento.

— ¿Y tuvo usted éxito en sus pesquisas?

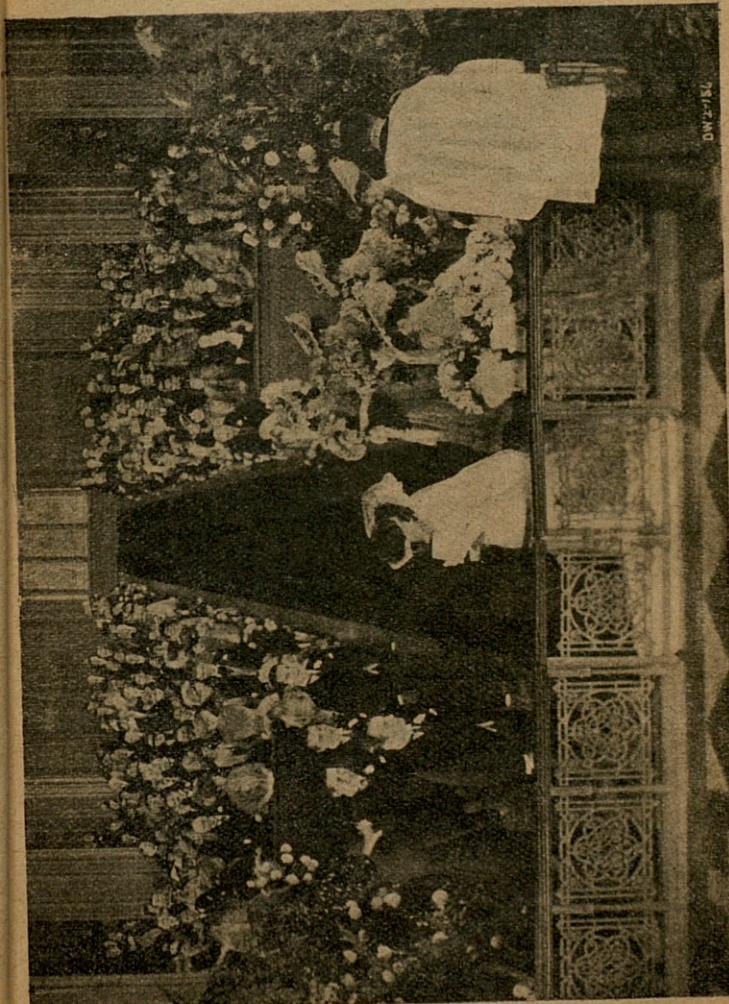
— No. La persona a quien buscaba ha muerto.

El dueño de la casa respiró como si en aquel momento se le hubiera quitado de encima un peso abrumador.

Veía claramente que el pobre padre se desviaba del camino que pensaba seguir, no queriendo entorpecer la dicha de Elena.

Era aquel un sacrificio enorme, comprensible únicamente para las almas grandes, un sacrificio que hasta el propio Alman pudo apreciar en medio de su naturalísima atribulación.

— ¿Está usted ya satisfecho? — le preguntó la joven al viejo músico.



Durante la ceremonia en el templo

— Sí, señorita. Su felicidad es para mí una satisfacción.

— Pues yo también me siento hoy satisfecha.

— Le pido a Dios que nunca se obscurezca el cielo de su ventura.

— ¿Pero ya nos abandona usted? — manifestó Elena observando que el profesor se disponía a salir.

— Mis lecciones me esperan... señorita.

— Recibirá usted la primera invitación para nuestra boda.

— Y yo le prometo que seré el primero en acudir a la ceremonia.

Aquí el noble viejo saludó a todos con una amarga sonrisa que sólo Alman pudo traducir, y abandonó la casa de su hija.





CAPÍTULO DÉCIMO

Pasó un mes, durante el cual únicamente se presentó Van Barvig dos o tres veces en casa de su hija, pretextando ocupaciones y negocios imaginarios relacionados con su profesión.

En una de estas visitas le abordó Elena de un modo desconcertante para el pobre padre.

— Pero vamos a ver — le dijo. — ¿No quedamos en que todos los días, todos, tenía que darme una lección?

— Claro, señorita... pero...

— Nada de señorita. Ha de llamarle Elena, siempre Elena. Y si no me enfado. Y ahora le vuelvo a repetir : ¿No quedamos en eso de las lecciones?

— Sí... Elena, sí...

— Entonces...

— ¿Pero usted se figura que yo no me hago cargo de lo que pasa?

— ¿Y qué es lo que pasa?

— No tiene usted tiempo para atender a las modistas. ¡Oh!, los preparativos de una boda exigen mucho tiempo y mucho cuidado.

— Eso es verdad. Pero usted puede entrar y salir en esta casa como en la suya propia.

— Gracias, señorita... Elena.

— Mi padre me pregunta a menudo por usted.

— ¿Su padre?...

— ¿Qué tiene de extraño? Mi padre sabe la admiración y el cariño que siento por usted.

— Bien, bien — se apresuró a decir el maestro batiéndose en retirada. — Ya vendré con más asiduidad... hasta que se case.

— ¿Y después no?

— Después... después también, Elena.

— Señorita — dijo una doncella presentándose. — La esperan dos señoras en su tocador.

Van Barvig aprovechó la oportunidad para salir del atolladero en que se encontraba, y se despidió prometiendo volver al día siguiente.

* * *

Ya esperaban a Elena no solamente la directora de una casa de modas, sino tres o cuatro señoritas con grandes cajas, cuyo contenido fueron esparciendo sobre los muebles.

— No sabía que fuera tan abrumador esto de las pruebas y lo de elegir telas y bordados — dijo la dueña de la casa poniéndose en manos de la entendida directora.

— La falda habrá que recortarla un poco — manifestó la modista.

— ¡Demonio! ¡He disminuído de estatura desde el mes pasado?

— No, señorita... es la moda la que exige.

— A este paso, pronto enseñaremos hasta un pedacito de las medias.

— Y quizá algo más.

— ¿Pero no le parece a usted muy estrecha la falda? No me podré sentar.

— Así las marcan en París.

— ¡Oh, esos franceses!...

— Esas francesas, querrá usted decir.

— Señorita — intervino otra de las doncellas, — su prometido ha preguntado por usted y viene hacia aquí.

— ¿Pero qué se ha creído ese chico? Dígale que no estoy, es decir, no le diga eso... se incomodaría.

— ¡Elena, Elena! — llamó desde el pasillo el impaciente novio.

— Espera, hombre, espera. ¿No sabes que estoy muy ocupada en mi *despacho*?

— Tengo que decirte una cosa de gran interés y me marcho en seguida.

Elena abrió la puerta como unos cuatro dedos y preguntó :

— ¿Qué tienes que decirme?

— ¿No puedes abrir más?

— ¡Ea! Habla de una vez o ciérra.

— Pues lo que tenía que decirte... es que te quiero cada vez más...

— Eso ya me lo has dicho muchas veces.

— Pues he venido expresamente a repetírtelo.

— A repetírmelo y a que te arregle esa corbata, desastrado!

Y sacando sus manitas por el poco espacio que dejaba libre la puerta, volvió a hacer el nudo con tanta gracia como cariño.

El novio besó aquellas manos, recibió un ligero golpe en la cara y Elena cerró la puerta riendo a carcajadas.

Era completamente feliz.

* * *

No lo era tanto, ni mucho menos, el pobre maestro de música.

Pero estaba resuelto a poner término a la violenta situación y poco a poco se iba serenando su espíritu, reflejándose en sus nobles facciones.

De nuevo anduvo a vueltas con la caja donde con-

servaba sus recuerdos como oro en paño. Y decidiéndose al fin, tomó el estuche de las pistolas.

Ante las flamantes armas que tanto tiempo guardara acariciando sin duda una venganza, suspiró exclamando al mismo tiempo :

— Ya no las necesito.



CAPÍTULO ONCE

Ya entrada la noche, salió de su modesta habitación ocultando el estuche debajo del abrigo y volvió a presentarse en la casa que él llamaba pomposamente de su banquero, y que no era otra que la del prestamista judío que ya conocemos.

— ¿Tanto bueno por aquí? — le dijo el dueño cariñosamente.

— Sí; otra vez vengo a molestarle.

Y puso la caja sobre el mostrador.

— ¿Qué nos trae usted aquí?

El profesor abrió el estuche, y tanto el prestamista como su voluminosa mitad no pudieron contener un grito de sorpresa.

— ¡Aparta eso, Salomón! — dijo la mujer, asustada.

Van Barvig sonrió :

— No hay cuidado, amigos míos. Están descargadas desde que las adquirí.

— Eso ya es otra cosa — habló el judio examinando las armas con el detenimiento de siempre.

— ¿Y qué dinero necesita usted? — le preguntó después.

— Dinero, ninguno.

— Pues no lo entiendo.

— Quisiera cambiarlas por un objeto propio para un regalo.

— ¿Qué clase de objeto?

— Es para una boda.

— ¿De algún pariente? y perdón mi curiosidad.

— Para una discípula predilecta ~~que~~ ^{que} El prestamista entregó al maestro de música un grupo artístico hecho en rica porcelana, y después abriendo la caja de caudales, sacó de ella el estuche con la batuta que antes empeñara el profesor.

— Esto para usted — dijo al anciano.

— ¿Para mí? ¡Pero si no vengo a desempeñarla!

— Ya lo sé, amigo mío. Primero se la regaló el Príncipe Otto. Y yo se la regalo ahora.

— Pero esto es un mal negocio para usted. Recuerde que me dió por ella una buena cantidad de dinero.

— ¿Qué importa una batuta entre amigos? Me siento príncipe, aunque sólo sea por una vez en mi vida.

Los ojos de Van Barvig se llenaron de lágrimas



Y Elena entregó al profesor una flor de su ramo de desposada

y admitió la oferta que tan desinteresadamente le ofrecía un negociante de buen corazón.

— Y ahora vamos a otra cosa — dijo el profesor dejando el estuche sobre un escaparate.

— Vamos a ver.

— Mañana tengo que ir a la ceremonia, donde asistiré lo más selecto de la buena sociedad, y francamente... este sombrerito no me parece lo más a propósito.

— Ya sé lo que usted quiere. Y ahora mismo le voy a ofrecer un sombrero de copa de última moda

y completamente nuevo — dijo la esposa del prestamista.

Minutos después se presentó con la lustrosa chistera.

— Pruébela usted, profesor — le dijo.

— ¡Admirable!... ¡Si parece que la han hecho para mí! Me sienta muy bien.

— Pues que la luzca mucho tiempo, que yo se la regalo.

— ¿Usted también?

— Claro. No ha de ser éste sólo. También me siento yo sombrerera. No es tanto como princesa, pero ya es algo.

Y aquellas originales negociaciones de una casa de préstamos terminaron con frases de agradecimiento y apretones de manos.

* * *

Aquella noche no pudo dormir el profesor. El sueño no cerraba sus párpados, debido al estado altamente nervioso del infeliz.

Sin embargo, se acicaló como en sus buenos tiempos para no hacer un mal papel entre los invitados, y esperó impaciente la hora para presentarse en la iglesia.

Doña Remigia, con más curiosidad que otra cosa, llamó suavemente a la puerta de la habitación.

— ¡Adelante! — dijo Van Barvig.

— Buenos días, señor profesor. ¡Caramba, parece usted otro!...

— Pues llevo casi la misma ropa que de ordinario.

— Pues yo juraría... En fin, hablemos de otra cosa. ¿Le sirvo a usted aquí el desayuno?

— Ya almorzaré cuando vuelva.

— No parece bien, señor Van Barvig.

— Pues a mí sí... Por eso le digo que no quiero tomar nada.

— Claro; y acabará por morirse como un pajarito.

— ¡Quia!

— Vamos a ver. ¿Quiere usted que hablemos con franqueza?

— Siempre que la conversación no sea muy larga.

— No se le hará tarde. ¡Oh, es aún muy temprano!

— Pues entonces hablemos.

— Esta noche no ha dormido usted.

— ¡Caramba, doña Remigia! ¿Y cómo lo ha sabido?

— Porque le he estado oyendo.

— Ya somos dos los que hemos pasado la noche en vela.

— Sí; pero usted sufriendo y sin querer dar su brazo a torcer.

— ¿Yo?

— Usted, sí señor, usted. No quiere comer, no da

lecciones, no hace nada con tino, y llegará un día que ni esta habitación podrá pagar.

El anciano inclinó la cabeza al peso del recio argumento de la dueña de la casa.

Doña Remigia se envalentonó al notar el efecto que producían sus palabras, y continuó :

— Me consta que en casa de esa señorita tan rica a quien usted da lecciones, le quieren entrañablemente.

— Sí, me quieren...

— Me consta que le ofrecen a usted un sueldo magnífico para que pueda vivir sin dolores de cabeza.

— Y a mí me consta que yo no debo aceptar.

— Yo le llamaría a usted orgulloso, si no temiera ofenderle.

— Lo soy.

— Pero hombre de Dios, ¿qué ha pensado usted hacer? ¿No comprende que no podrá seguir con esta vida que hace?

— Lo sé tan bien como usted, doña Remigia, tal vez mejor.

— Pues a ver qué resolución ha tomado.

— La primera, irme en seguida a la iglesia, porque le prometí a mi... a mi discípula ser el primero en llegar. Despues...

— ¿Qué?

— Me marcharé de Nueva York.

— ¿Qué se marchará? ¿Y adónde? No, usted no

sale de esta casa. ¿Y sabe por qué? Porque a mí no me da la real gana...

— ¿Pero y cuando no le pueda pagar la habitación?

— Me aguantaré y le seguiré tratando con el mismo respeto, con el mismo cariño... ¡Ea! Usted no se va de aquí.

— ¡Gracias, doña Remigia! — exclamó el anciano enternecido ante los buenos propósitos de aquella mujer.

— Yo no puedo aceptar nada de eso, porque verdaderamente no ha llegado el caso de no poder trabajar.

— Pues a trabajar y todos contentos.

— Pero no puede ser en Nueva York. Me han contratado muy bien como director de orquesta del trasatlántico *Buguer*.

— ¿De veras?

— Sí señora ; y una vez en Europa, volveré a ser lo que fui, porque aun me quedan facultades para ello.

— Pero un hombre como usted va a descender a formar parte de la orquesta de un vapor para poder ir a Europa?

— ¡Y qué tiene éso de deshonroso? ¡Ea! Señora Remigia, no hablemos más ; estoy decidido. ¿No dice usted que me quiere? Pues piense que no tengo más remedio que salir de Nueva York... Aquí no podría vivir.



Aun le faltaba al pobre padre el trago más amargo ; y con la ansiedad del que desea acabar pronto una situación a todas luces insostenible, se presentó en la iglesia media hora antes de que empezaran a llegar los invitados.

Dios enviaaba fuerzas al anciano para que pudiera sobrellevar un martirio como aquél. Se iba a presentar su hija, la que tanto quería, la que tanto había buscado, quedándose hasta sin lo más preciso... y allí, ante el altar sagrado, otro hombre usurparía su puesto, otro que no tenía más de recho sobre Elena que habérsela arrebatado cuando era niña.

No, el verdadero padre había optado por el heroico sacrificio, con tal de no estorbar la dicha de la que tanto amaba.

— Sí — suspiró el anciano. — Este será el último esfuerzo. Que sea feliz, aunque yo muera sufriendo lejos de aquí.

Poco a poco fué llenándose el templo de gente, hasta que un murmullo prolongado anunció la presencia de los novios.

Van Barvig se estremeció al ver a Alman dando el brazo a la gentil novia.

Y fué tal su impresión, que no pudiendo contenerse por más tiempo, dió algunos pasos hasta colocarse delante de su hija.

— Bien, maestro, muy bien — le dijo ésta cariñosamente. — Le he visto a usted al entrar, y ya estoy satisfecha.

— Sí... Elena... he venido... quiero ver el principio de su felicidad.

— Y pídale a Dios que no se acabe nunca. En este momento se adelantó el sacerdote, haciendo la pregunta obligada :

— ¿Quién da en matrimonio a esta joven? Instintivamente dió el profesor un paso hacia la grada, pero dominándose de repente, se detuvo y miró a Alman como queriéndole decir :

— ¡Vamos, acaba de una vez! El falso padre contestó a la pregunta del sacerdote, el cual continuó la ceremonia, terminando por bendecir la unión.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del desventurado Van Barvig.

Elena, radiante de felicidad, abrazó a Alman.

Este, en medio del desorden de sus ideas, tuvo una de compasión para el anciano, cuyo sufrimiento estaba viendo.

— Hija mía — dijo con temblorosa voz — no olvides a tu... a tu querido maestro.

Y dejó a la joven en los brazos de su verdadero padre.

* * *

Los invitados acudieron después a la espléndida mansión de la novia, donde estaban expuestos los valiosos regalos que había recibido.

Varias señoras admiraban la espléndida exposición, hasta que una de ellas tomando en sus manos las figuritas de porcelana, demostró su extrañeza, porque *aquello* figuraba entre tantos objetos de valor.

— No le extrañe — le dijo otra de las invitadas. — Se lo regaló su maestro de música y lo ha puesto en lugar preferente.

— ¿Entonces se trata del viejecito que lloraba en la iglesia?

— Justo.

— Yo creí que fuera un mayordomo o cosa así.

— ¡Quia! Dicen que fué una celebridad en sus buenos tiempos.

— ¿Y cómo no ha venido al banquete?

— ¡Quién sabe!

Ya estaba todo hecho.

Van Barvig había cumplido su palabra y Alman viendo a Elena satisfecha se consolaba pensando que el tiempo mitigaría sus penas.

Quería, sin embargo, arreglar la penosa situación del profesor, pero no daba con la idea para poderle convencer.

En esto se abrió la puerta del despacho apareciendo Cruger, el padre del esposo de Elena.

Llevaba un telegrama en la mano y se lo entregó a Alman sin pronunciar ni una palabra.

El dueño de la casa lo leyó con el natural sobresalto.

Decía así el despacho :

« Andrés Cruger. Avenida 427. Nueva York.

Nuestras investigaciones indican Alman con nombre Stanton; salió de Viena hace diez y siete años, raptando esposa de Van Barvig y llevándose hija de éste.

BILLAMSON, agregado. »

Alman se dejó caer en el sillón del escritorio, como herido por un rayo.

— Esto hay que aclararlo pronto — dijo el señor Cruger.

— Sí... estoy dispuesto.

— ¿Quién va a decírselo a Elena, señor Alman? ¿Usted o yo?



CAPÍTULO TRECE

En la casa de huéspedes de doña Remigia todo eran comentarios y cuchicheos.

Pero la que más demostraba su pesar era Jenny. Después su madre.

— ¿Y cuándo ha decidido marcharse? — preguntaba al violinista.

— Creo que mañana.

— Pobre señor. ¡Vamos, a mí no se me va de la cabeza una cosa!

— ¿Cuál?

— Que en todo esto existe un misterio muy grande.

— Puede que sí; pero como el señor Van Barvig no quiere dar su brazo a torcer.

— Es que ese misterio es el que le obliga a salir de Nueva York.

— Lo vamos a echar mucho de menos.

— Sí, pero en Europa, donde es tan célebre, le recibirán con los brazos abiertos.

— Eso es lo único que me consuela — suspiró doña Remigia.

— ¡Vaya un consuelo! ¿Qué hará el pobre viejo por esos mundos, agobiado por sus penas, por sus recuerdos y por el misterio ese que le obliga a salir de Nueva York? — manifestó Jenny llorando a lágrima viva.

— Oye, chiquilla: tú no le quieres más que yo, y sin embargo me consuelo pensando en que lejos de aquí no sufrirá tanto.

— Quizá más.

— Pues arréglate tú el asunto a ver si sabes más que yo.

— ¿Quiere usted que lo intente?

— ¡Claro que quiero! ¡Mira tú ésta!

— Entonces voy a hablar con el profesor; por lo menos haré lo que pueda para que no me quede remordimiento alguno.

V para ganar tiempo penetró en la habitación del maestro de música.

— ¡Hola, Jenny! — dijo el anciano al ver a la muchacha. — ¿Vienes a despedirte de mí?

— No, señor... Vengo a que hablemos.

— ¿Te ha mandado tu tía?

— Vengo yo por mi propio intento.

— Sepámos. ¿Qué quieres de mí?

— Que no se marche.



— Sí, hija mía... tú serás feliz.

— No puedo complacerte; ya estoy comprometido.

— Eso ya se podría arreglar.

— Mira, Jenny, no sigas por ese camino. Mi resolución está hecha. Ya le dije a doña Remigia que me era imposible seguir en Nueva York.

— Claro, no tiene usted trabajo... hasta se le han llevado el piano...

— ¿Ves, hija mía, como no puedo seguir así?

— Naturalmente que lo veo... y eso a precisamente vengo, a que nos entendamos de una vez.

- Lo veo difícil.
- Y yo muy fácil.
- ¿Qué has pensado, vamos a ver? — dijo bondadosamente el maestro.
- ¿Usted cree que me quiere de veras mi novio?
- ¡Toma! ¡Y ahora salimos con eso? ¿No te dije ya que el muchacho es bueno, honrado y trabajador?
- Sí, señor. ¿Pero me quiere?
- Tiene que quererte a la fuerza porque vales mucho, hija mía.
- Y si me quiere, ¿me dará gusto en todo?
- En todo.
- Pues no hablemos más. Cuando nos casemos usted vivirá con nosotros ; yo se lo pediré a mi marido y él no me lo negará. Además, él me consta que le venera.
- Basta, muchacha. Tus propósitos me producen una inmensa satisfacción, pero te lo vuelvo a repetir... tengo que ausentarme de Nueva York.



CAPÍTULO CATORCE

Durante esta escena, ocurría otra de muy distinta índole en el piso de arriba.

Puns y doña Remigia hablaban casi sin entenderse, por más que el muchacho se esforzaba para aclarar conceptos.

— ¿No me ha entendido usted? — le decía el prometido de Jenny.

— Sí que le he entendido ; por eso le digo que no estoy conforme.

— Quiero a Jenny.

— Lo supongo.

— Ella quiere a mí... a mí, a Puns...

— Y ya no falta nada, ¿verdad?

— Falta que nos casemos, y eso... eso quiero yo y quiere ella.

— Falta que quiera yo.

— Usted es buena.

— Yo soy un diablo.

— No.

— Sí.

— ¿Pero por qué... por qué se opone?

— No me opongo.

— ¿Entonces nos casamos?

— No.

— Ahora yo no entiendo.

— Mire usted, joven. Para casarse tiene usted antes que crearse una posición, aunque sea modesta. Despues todo se arreglará. Jenny es muy joven y usted también.

— Pero yo quiero a Jenny ahora... ahora mismo.

— Hombre, vaya usted al demonio.

— Ella me quiere así también... me quiere ahora mismo.

Y el pobre muchacho, no sabiendo expresar con más claridad lo que deseaba, bajó de cuatro en cuatro los escalones que lo separaban del piso bajo y entró como un cohete en el cuarto del profesor.

— Vamos, aquí tienes a tu futuro esposo — dijo el profesor adelantándose para recibir al recién llegado.

Este, sin hacerle caso, se fué derecho a Jenny diciendo :

— ¡Ella dice que no!

— ¿Quién es ella?

— Ella... es ella... tu tía... no me quiere.



Todos fueron partícipes de la alegría del profesor

— ¿Cómo que no te quiere? ¿Pero te has vuelto loco?

— Sí.

— ¡Pobre muchacho! — exclamó el profesor comprendiendo algo de lo que le ocurría a Puns.

Después le hizo que se explicara con más tranquilidad, y cuando supo que doña Remigia se oponía al casamiento, se echó a reír, diciéndole a Jenny al mismo tiempo

— Ya lo estoy viendo. Tú lo querías arreglar todo con la boda y tu tía dice qué nones.

— Nones, nones — repitió el holandés.

— Pues yo sostengo que mi tía dirá que sí ; la conozco muy bien.

— Lo que tu tía alega me parece justo.

— Bueno. ¿Está usted dispuesto a protegernos a éste y a mí?

— ¡Ya lo creo! Con toda mi alma.

— ¿Quiere usted que nos casemos?

— Sí que quiero.

— Pues ande, ya está usted llamando a mi tía.

— ¿Para qué?

— Para interesarse por nosotros ; si usted se lo pide no dirá que nones.

No hubo necesidad de llamar a doña Remigia, porque ésta se presentó en la habitación.

— ¿Has conseguido ya lo que querías? — le preguntó a Jenny.

— Sí, señora ; pero me falta que usted oiga antes al señor profesor.

— Doña Remigia : le voy a pedir un último favor antes de partir.

— ¿Antes de partir? ¿Y es ésto lo que has arreglado, chiquilla?

Van Barvig continuó :

— Puns y Jenny se quieren. Dé usted su consentimiento.

— No puedo negarle a usted nada, que se casen y que Dios les ayude.

— Gracias, señor Van Barvig — exclamó la mu-

chacha colgándose del cuello del anciano. — Ahora es cuando yo no le suelto.

— Vamos, no seas así — habló el profesor.

Y entregándole la flor que le diera su hija en el templo, siguió muy conmovido :

— Toma. De una novia a otra.

Hecho el cariñoso presente, se dirigió a Puns :

— Ven aquí tú, muchacho.

El músico se acercó temeroso.

— Bésala... que será tu mujer.

Los novios se confundieron en un estrecho abrazo, sin que la escrupulosa doña Remigia intentara separarlos.



CAPÍTULO QUINCE

El violinista cortó la interesante escena diciendo desde la puerta :

- Una visita, doña Remigia.
- No estoy para visitas ahora.
- Es que no es para usted.
- ¿Para quién, entonces?
- Para el señor profesor.

Este se adelantó y se quedó como petrificado al ver a Elena con el que ya era su esposo.

Jenny lanzó un suspiro de satisfacción como si de aquella visita dependiera algo bueno para el pobre anciano.

— Vamos, ya me tiene usted aquí, caballero — habló Elena.

- Sí, señorita... señorita Elena.
- Usted ya no se acuerda de mí.

— ¡Oh, qué injusticia!... No pienso en otra cosa.

— Pues no lo demuestra.

Van Barvig no pudo contestar de puro emocionado.

— Vamos a ver — siguió la joven. — ¿He de tener que venir siempre a buscarlo?

— No. Le ruego que no venga más. Yo no creí volverla a ver.

— Papá, si usted no se aviene a razones, causará mi desgracia.

— ¿Pero usted? ¿Pero tú sabes que yo?...

Elena se arrojó en los brazos de su padre, dando con esto la más categórica contestación.

— ¡Por fin se aclaró el misterio! — exclamó doña Remigia sin poderse contener.

— Sí, es su hija... Ya me lo daba el corazón — murmuró Jenny, satisfecha.

Y a todo esto el anciano reía y lloraba al mismo tiempo, sin cesar de acariciar a su querida Elena.

— ¿Conque ya se acabó lo del viaje? — preguntó doña Remigia.

— No, señora — contestó el esposo de Elena. — El viaje es de rigor. Nuestro padre nos acompañará en el viaje de bodas.

— Eso ya es otra cosa muy distinta — dijo a su vez Jenny. — Y ahora es cuando le dejo partir con mucho gusto.

— Sí; será éste un viaje delicioso — manifestó el profesor yendo de un lado para otro, como el niño

al que le prometen un juguete y le domina la impaciencia.

De pronto se detuvo frente a su hija y soltando una estrepitosa carcajada, exclamó :

— Yo no puedo acompañaros. Tengo que hacer un trabajo de suma importancia.

— ¿Un trabajo?

— Sí. Tengo que arreglar el ojo de tu muñeca. Me parece que ya es tiempo...

— Eso ya lo hará usted cuando volvamos.

— Conformes... Yo digo a todo que sí.

— Le participo — añadió Enrique — que el barco zarpa a las cinco en punto. ¿Tendrá usted tiempo para prepararse?

— ¿Tiempo? ¡Ya lo creo!... Ahora mismo; no tengo más que tomar el otro cuello... es todo mi equipaje.

Y era tal la alegría del pobre viejo, que no hubo ni una sola persona de las que estaban presentes que no participaran de ella.

Y lo demostraban enjugando las lágrimas que se agolpaban a sus ojos.

— Lágrimas de satisfacción ante la dicha ajena.

— Lágrimas que sólo saben verter las almas nobles.

La despedida de la casa de huéspedes fué en extremo cariñosa y sentida.

— No nos olvidará, ¿verdad? — le preguntó Jenny al profesor.

— Eso ni hay que suponerlo. Nos veremos pronto y recordaremos el tiempo pasado.

— ¿Y ya no dirá *nones*? — preguntó el holandés mirando a doña Remigia.

— No, hombre, no. Ahora todos vamos a ser felices.

— Yo lo soy viéndole a usted dichoso — exclamó Jenny abrazando al padre de Elena.

— Y que lo soy te lo puedo asegurar. He encontrado a mi hija... y salgo en viaje de luna de miel. ¿Qué más se puede pedir?

FIN

BIBLIOTECA ENCANTO

TOMOS PUBLICADOS

1 YO SOY COMO LA MANZANA

por Clovis Eimeric

2 AMOR QUE NO MUERE

Traducción por Ricardo Prieto

3 ¿ DÓNDE HALLAR UN NOVIO ?

por Clovis Eimeric

4 LA VENGANZA DEL AMOR

por Antonio Guardiola

5 EL HEROICO DON JUAN

por Clovis Eimeric

6 CORAZÓN DORMIDO

por Ricardo Prieto

7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...

por Clovis Eimeric

8 AGUA MANSA

por Ricardo Prieto

9 LA NOVIA DEL ASESINO

por Clovis Eimeric

10 CORAZONES UNIDOS

por Pedro Nimio

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

BIBLIOTECA ENCANTO

TOMOS PUBLICADOS

1. YO SOY COMO LA MANZANA

por Gómez Elmerle

2. AMOR QUE NO MUERDE

por Ricardito Pérez

3. DONDE HALLAR AL NOVIO

por Gómez Elmerle

4. LA VENGANZA DEL AMOR

por Antonio Gutiérrez

5. EL HEROICO DON JUAN

por Gómez Elmerle

6. CORAZÓN DORMIDO

por Ricardito Pérez

7. CAPATO QUE YO ME QUITO...

por Gómez Elmerle

8. AGUA MANSA

por Ricardito Pérez

9. LA NOVIA DEL VASINO

por Gómez Elmerle

10. CORAZONES HUNDIDOS

por Ricardito Pérez

PRECIO: 80 CENTIMOS

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PTAS.

MUJER MUY JÁ

otras vidas en la otra vida
encuentros con el amor de su vida

estrenos de estos 100
— estrenos de 100 —

esta es la otra vida
encuentros con el amor de su vida
otras vidas en la otra vida

estrenos de estos 100

ESTRENOS

BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesante! ¡Apasionante! ¡Intrigante!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR, por Joachim Reniez.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Reniez.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renee Noll.
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.
- 9 EL SECRETO DE VILLAFELIZ, por René-Jean Tracy.
- 10 EN EL UMBRAL DE LA DICHA, por M. R. Noll.
- 11 PERDÓN DE AMOR, por Guy Vander.
- 12 OCASO DE AMOR, por P. de Clement.
- 13 LA VUELTA AL NIDO, por P. de Clement.
- 14 LA MALA PASIÓN, por Joachim Reniez.
- 15 LA DULCE PROMETIDA, por Robert Navailles.
- 16 UNA ILUSIÓN Y UNA AMOR, por Marcela R. Noll.
- 17 EL AMOR QUE VUELVE, por G. Vincennes.
- 18 ANGEL DE MALDAD, por Marcela R. Noll.
- 19 EL MISTERIO DE LA AMAZONA, por G. de Resse.
- 20 CUANDO EL ÁLMA DESPIERTA, por R. Navailles.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos

BIBLIOTECA CORAZÓN

LIBRERIA UNIVERSAL
LIBRERIA UNIVERSAL

CATÁLOGO

1	LA VIDA PASTORAL DEL SEÑOR JESÚS
2	POR VIDA COMPASADA DEL SEÑOR JESÚS
3	LA VIDA COMPASADA DEL SEÑOR JESÚS
4	POR EL AMOR DE DIOS DEL SEÑOR JESÚS
5	LETRAS DE DIVINAS PALABRAS DEL SEÑOR JESÚS
6	BAJO EL SOL DE DIVINAS PALABRAS DEL SEÑOR JESÚS
7	ELICHA DE AMOR DEL SEÑOR JESÚS
8	EL CINCUENTENARIO DEL SEÑOR JESÚS
9	EL SECRETO DE VIDA DEL SEÑOR JESÚS
10	EL SECRETO DE VIDA DEL SEÑOR JESÚS
11	HEREDON DE AMOR DEL SEÑOR JESÚS
12	OCASO EN AMOR DEL SEÑOR JESÚS
13	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
14	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
15	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
16	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
17	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
18	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
19	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS
20	LA VIDA DE JESÚS DEL SEÑOR JESÚS

adquirir en la librería
Librería del Corazón, 10
Paseo de la Princesa, 10

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES

para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta

